



QUE LA VIDA SEA EL EJE DE LA EDUCACIÓN

"Que la vida sea el eje de la educación" dice Begoña.

~Me parece milagroso encontrar a alguien que ofrezca un proyecto que pretenda preservar la vida en vez de preparar a los niños para una vida dura, en fin, una vida con poca vida. Y yo estoy participando en ello. Mi hija se llama Jana, tiene casi 6 años y a través de ella vivo algo como una segunda oportunidad que no pienso desaprovechar. Cada semana paso la noche en El Roure, hago la comida para todos y disfruto de este espacio en el que aprender, comer, trabajar y jugar son lo que son, expresiones de la misma vida, cosa que compartimos más allá de la edad y de posibles roles que las personas nos solemos inventar.

Aparentemente a raíz de una conversación en la escuela, en la que alguien dijo que el sol algún día se moriría, Jana ha entrado plenamente en ese tema de la vida y la muerte. Me dice que hasta ahora había pensado que íbamos a vivir para siempre. Intento no transmitirle mi propia angustia ante lo infinito y observar lo que veo en ella. Se distancia del tema para luego volver con otra pregunta. La veo preocupada y le habló de que la muerte no es más que una transformación.

En el Roure se lo comento a Begoña que recoge la información y me comenta que había sucedido algo relacionado con este tema en la escuela. Sigo soñando, me imagino que cada día somos más los que queremos apostar por la vida.

Ulrike Kaesse (madre)

Sobre el tema de la vida y la muerte, como tantos otros, no hace falta aquí buscar situaciones artificiales o plantearlo como una cuestión en abstracto. La realidad se impone y

Jana había tenido vivencias que quizá cuestionaban su idea del mundo, así tuvo una nueva oportunidad de comprender o de ir situando su inquietud.

Lo que sucedió fue que encontramos acurrucado en el garaje un ratoncito de campo. Pensaron que estaba dormido, pero al intentar cogerlo vimos que estaba débil, le costaba moverse. Enseguida le construyeron una "casa" en una caja con trapos, agua, comida...y lo llevamos a la escuela.

Hablamos de que estaba enfermo y que había que dejarle descansar tranquilo, durante toda la mañana hablaron en voz baja, aunque estuviéramos lejos del lugar donde estaba el ratón. Le pusieron de nombre Mercurio y al cabo de un tiempo vimos que se estaba muriendo. Sólo observábamos y el silencio era denso.

Les animé a que, con los ojos cerrados, escucháramos los mensajes que nos traía (ya que Mercurio es el dios mensajero): a Lluna le dijo que "quería morir solo", a mí que "lo que nace muere para volver a nacer de otra manera", los demás no oyeron nada. Así que lo dejamos solo y fuimos a preparar el entierro que querían hacerle: eligieron un sitio tranquilo, cavaron un agujero, y cuando fueron a buscarlo ya había muerto. En algún momento Jana dijo que quería jugar con él, soltarle por el suelo

para que corriera... y yo le dije que eso ya no lo podría hacer más porque estaba muerto y se lo mostré, ella se quedó pensativa. Mercurio fue pasando de mano en mano espontáneamente y en silencio parecían despedirse de él, observando bien su pequeño cuerpo, sus deditos, sus dientecillos, acariciándole el pelo suave. Le enterramos ('Lo último la cabeza", decía alguien) y trasplantamos una caléndula encima para que se alimentara con él. Mientras tanto conversamos sobre dónde vamos después de morir: les hablo de diferentes creencias y sentires, de ateísmo, de panteísmo, de budismo, del cristianismo...

Yo no sé si esta vivencia generó preguntas o respuestas, pero lo que sé es que en una experiencia como esa está contenido todo el aprendizaje sobre el tema: con el misterio y la incertidumbre incluidos.

Begoña González (acompañante)